





LA CAMPANA
AUTOR: Adelfo Borja Cortés

A menudo, los ancianos de zapotitlan del Río se han dado a la tarea de transmitir a las diferentes generaciones de nativos, visitantes y pueblos vecinos una historia de dolor y tragedia que retrata las terribles consecuencias de la ambición humana y la importancia de respetar los lugares donde los antepasados entregaron su vida para dar libertad e identidad a su pueblo.

Se cuenta que con la caída de la dictadura del general Porfirio Díaz, soberbios hacendados y protegidos de su gobierno se vieron en la necesidad de huir del país u ocultarse en rincones poco conocidos de la república mexicana, algunos perseguidos por villistas y/o zapatistas llegaron a explorar en los límites de Zapotitlan del Río, un rincón encumbrado en la sierra sur del estado de Oaxaca con parajes que seducen a las más exigentes y delicadas pupilas.

Cuentan que en cierta ocasión llegó a la población uno de esos hombres que sin dar su identidad se presentó con la autoridad, era de carácter frío y mirada penetrante, vestido de catrín y con voz de trueno dijo ser un empresario proveniente de la ciudad de México, que tras perderlo todo quería instalarse en la comunidad y cooperar como ciudadano en las necesidades del pueblo, aunado a su discurso, otorgó veinte centenarios como prueba de su compromiso y benevolencia.

Conociendo muy poco sobre lo que sucedía en el país la autoridad comunal aceptó y le dio gustoso la bienvenida, le asignó una parcela muy cercana al río que atraviesa la comunidad permitiéndole tomar el agua de forma directa. El hombre agradeció y comenzó a cercar su propiedad; después, emprendió la construcción





de una hacienda fabricada con adobe y materiales adquiridos en la población, por la mano de obra pagó de forma íntegra y puntual hasta terminar con la encomienda; sin embargo, una vez finalizado todo empezó a revelar sus verdaderas y oscuras intenciones: a la servidumbre la insultaba, a sus trabajadores de campo les exigía con mano dura el cumplimiento de su trabajo y les quitaba el salario al menor signo de cansancio u agotamiento.

Pasado algún tiempo comenzó a dar asilo a sus amigos (otros antiguos hacendados y políticos), quienes junto a él se aprovechaban de la comunidad, de su mano de obra y se burlaban de la autoridad. Mientras todo esto ocurría, un grupo de zapatistas buscaba hasta por debajo de las piedras a los antiguos hacendados y miembros del gabinete político de Díaz entre los cuales se encontraba este hombre y sus amigos que eran señalados por haber sido crueles, despiadados y cómplices de miles de asesinatos y desapariciones.

Creído este soberbio hombre de haber frustrado con éxito la búsqueda de él y sus amigos, comenzó a hacer notar su mano dura en la comunidad por lo que decidió represar el agua y dirigirla únicamente a su hacienda, de esta forma, él sería el único que autorizaría el riego de las parcelas cobrando una cuota que podría ser cubierta con trabajo, bienes o dinero. Este hecho causó molestia en los campesinos y pobladores que furiosos fueron a reclamar a la hacienda pero que fueron corridos a balazos por personal que contrató para su seguridad.

Pasaron algunos meses y sucedió que un día mientras fumaba un cigarrillo en su despacho aquel hombre tuvo una idea que creyó era una de las mejores ideas que se le habían ocurrido, pensó en poner en el pórtico de su hacienda una gran





campana de oro para demostrar su poder, misma que haría sonar cada vez que sucediera algo importante, y así comenzó por imaginar los detalles; por ejemplo, quiso que el yugo del que colgara la campana fuera de roble francés, con el asa de plata, en el medio un blasón de armas y las iniciales de su general Porfirio Díaz Mori, con el borde y labio decorados y el badajo con una incrustación de diamante en la punta fue así que al terminar el boceto se dirigió al día siguiente a Guanajuato, lugar que él creía tenía a los artesanos que podrían cumplir con tan detallada tarea.

Al enterarse de su salida los pobladores de Zapotitlan se organizaron para informar a los zapatistas sobre las acciones de este hombre y junto a ellos, enfrentarlo.

El fin de esta empresa y el comienzo de los acontecimientos sobrenaturales que ocurrirían más tarde en Zapotitlán se dio cuando por fin llegó la campana a la hacienda en un elegante carruaje jalada por cuatro caballos negros y dirigida por un hombre fuertemente armado, con mirada sanguinaria y rostro curtido, vestido de forma elegante con un traje de la época con mancuernillas de oro, un collar de plata y un sombrero de panza de burro, corría veloz bajo las sombras de los árboles y a la orilla del río, de modo que su rostro se perdía con las sombras. Al enterarse la población se armó de valor y junto a los zapatistas atacaron de inmediato.

La noche en que se llevó a cabo aquel violento enfrentamiento fue en la última semana del mes de octubre. El hacendado se defendió con furia de los pobladores y zapatistas, fue un encuentro sangriento, las vísceras de unos se confundían con las de otros, las heridas perforaban los órganos vitales y de ambos bandos agonizaban sin dejar de pelear. Al final el hacendado que tanto amó sus riquezas caminó cargando con sus intestinos hasta el lugar donde guardaba sus bienes y



junto a su campana lloró al ver sus monedas, sus joyas y diamantes dejando caer finalmente su cuerpo muerto sobre ellas.

Durante mucho tiempo nadie se acercó a aquella hacienda, cuentan que se escuchaban lamentos y gritos de personas que parecían estar peleando, hasta que un día la presa que había construido el hacendado, se rompió y junto con la corriente arrastró los cadáveres de los pobladores, de los zapatistas, el cadáver del hacendado y todos sus bienes hasta el ojo de agua. Se oficiaron misas y se pusieron altares cada día de muertos en aquel lugar, sin embargo, nada de esto apaciguó el mal que brotó.

Con el paso de los años esta historia se transmitió en todo el pueblo para no visitar curiosamente aquellos lugares, no obstante sucesos insólitos continuaban ocurriendo, cuentan que muchas personas que no respetaron la advertencia desaparecían mientras se bañaban o exploraban la zona. Se cuenta también que un día llegó a la población un ambicioso extranjero que seducido por esta historia visitó la zona con el único fin de buscar la famosa campana de oro, que pudo ver brillar aquella gran campana junto a los tesoros y que escuchó su sonido, pero que esta no dejó de sonar para él hasta hacerlo perder la cordura, que salió del pueblo atormentado por un sonido que nadie más podía escuchar.

Por este motivo en Zapotitlan del Río los ancianos y gente del pueblo guardan un profundo respeto al agua que baña sus cultivos y que les permite vivir. Se sabe que en días cercanos al día de muertos se puede escuchar una campana pero que también se puede oír cuando está por suceder una tragedia y que a la fecha nadie que visite el ojo de agua quisiera escuchar el sonido de la campana de oro.